

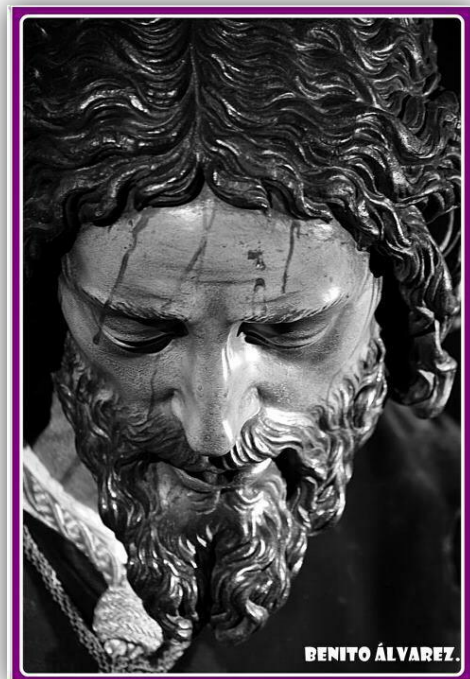
LA SABIDURÍA CISTERCIENSE SEGÚN SAN BERNARDO

LA VERDAD RECUPERADA EN LA HUMILDAD DE CRISTO

Al comenzar el tratado *Sobre los grados de humildad y soberbia*, san Bernardo pone un brillante preludeo con un comentario de las palabras de Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 16). El camino es la humildad que conduce a la vida, como el trabajo a la cosecha. Se me objetará -dice él- que Cristo no precisó nada al decir que era el camino, sino que habló de manera indeterminada. La respuesta a esta objeción manifiesta el lugar que tiene la persona de Cristo como ejemplo y forma de toda conversión. ¿No ha dicho Jesús con toda claridad: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón?* (Mt 11, 29)

“Si le imitas no andas en tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida. ¿Y qué es la luz de la vida sino la verdad, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo y le indica dónde está la vida verdadera?”¹

Se ha dicho con razón que podría sintetizarse toda la enseñanza de san Bernardo con este título: Jesús, sacramento del encuentro con Dios². Pero el encuentro tiene lugar en lo más bajo, donde Dios ha querido tomar la condición humana en su realidad más humilde en su miseria, en su verdad. La conversión descrita como tres grados de verdad: la verdad sobre sí mismo (humildad), la verdad sobre el otro (compasión), y la verdad en sí misma (contemplación), es imposible realizarla sin la gracia. Dios buscó a su criatura espiritual y miró desde lo alto de la escala de Jacob, para ver si había alguien que le buscara. A los que ve extraviados lejos de la verdad, Dios les ofrece la ley de la humildad. Cuando el monje escala los doce grados descritos por san Benito, llega a la caridad, que es la verdad, Cristo³. Pero así como la compasión para con el prójimo es la extensión de la verdad para consigo mismo, del mismo modo por su deseo de estar cerca del hombre, Dios quiso participar por experiencia de nuestra condición humana haciéndose hombre y poder sufrir. El término “compasión” debe entenderse en san Bernardo en sentido literal: sufrir con. No se trata de “condescendencia”⁴, sino al contrario, tanto en el caso de Dios como del hombre es



¹ Grh 1.

² L. VAN HECKE, o.c.s.o., *Le Désir dans l'expérience religieuse*. p. 168.

³ Grh 3.

⁴ “Peligro de representarse el amor de Dios como un amor de condescendencia. Dios desea a su criatura con un deseo cuya más mínima representación nos reduciría a la nada. Por eso ocultó este deseo en lo más profundo de su dulce Corazón que sufre en Cristo”. G. BERNANOS, *Dernier*

un testimonio de amor que iguala a quienes se aman. Es cierto que Dios es incapaz de sufrir (*impassibilis*), pero no es incapaz de “sufrir con” (*non impassibilis*)⁵. La aparente contradicción se resuelve en el mismo amor que impulsa a Cristo a buscar por amor a la centésima oveja perdida, y nos concede con ello un motivo de gloriarnos de ser buscados de ese modo⁶. El motivo de que Dios haya querido experimentar la condición humana no puede ser otro que el deseo de la verdad total en el amor.

“No debe, pues, parecernos absurdo el que se diga, no que Cristo comenzara a conocer algo que antes ignoraba, sino que conocía de un modo la misericordia (misericordia) desde la eternidad, y la aprendió de otra manera (aliter) en el tiempo por la carne”⁷.

Este deseo de verdad que lleva a Dios hasta compartir nuestra suerte, infunde a san Bernardo una gran audacia teológica cuando comenta la frase de la carta a los Hebreos: *Aprendió a obedecer por lo que sufrió* (Heb 5, 8)⁸. Mauricio Blondel se admiraba de la audacia de esta interpretación y percibió su importancia y el contenido implícito:

“Hasta allí hay que ir, dice, para ver, si no toda la razón y el fin verdadero, al menos los medios del amor creador en el don gratuito del ser a otros distintos del Ser. Y sin esta visión, nunca se logrará fundamentar la existencia de nada...(Para que la mediación fuera total, permanente, voluntaria... tal vez era necesario un Mediador que se hiciera paciente de esta realidad integral y fuera como el Amén del universo”⁹.

Esta perspectiva de metafísica cristiana puede apoyarse, sin duda, en la audaz intuición de san Bernardo, y Teilhard de Chardin hubiera podido referirse a ella para su cristogénesis o su armonización del universo. Pero para el abad de Claraval, la iniciativa divina esta destinada ante todo a poder hallarnos cada uno en la verdad, gracias a él. Si Dios se rebajó amorosamente hasta la condición humana, con cuánta mayor razón su criatura debe reconocer humildemente su propia condición, para poder aprender como Dios a sentirse más cerca de la miseria del otro, y encontrar por la caridad el acceso a la contemplación¹⁰. Cristo es de este modo la forma de nuestra humildad, como lo es de nuestra libertad. Nuestra transformación es tomar conciencia de nuestra propia verdad a la luz de la verdad divina en nosotros, en el sentido en que san Bernardo opone a la ciencia que sabe la conciencia que percibe¹¹. La proximidad de Dios que viene a nuestro encuentro en Cristo, da a su cristología un carácter de pedagogía divina. Toda ciencia es buena, pero en el nivel del conocimiento se puede distinguir el que contribuye a la transformación de nuestro ser profundo en la perspectiva de nuestro destino, y el que sólo busca adquirir medios de acción en este mundo¹². El primero es, sin duda, el que debe preferir el monje. El conocimiento de sí mismo está íntimamente ligado al conocimiento del Salvador; la humildad se convierte entonces en la condición de toda formación, como disposición de escucha y de atención fijadas en el Maestro, el Creador venido a interesarse de cerca por la existencia de su criatura espiritual. Cuando el absoluto es

Agenda: 18 Enero 1948, citado por A. BÉGUIN, *Bernanos par lui-même*, “Écrivains de toujours”, París, Seuil, 1954, p. 146.

⁵ SC 26, 5.

⁶ Adv I, 7.

⁷ Grh 3. Con otras palabras: “No que él no conociera antes la misericordia... sino que lo que conocía por naturaleza desde la eternidad, lo aprendió con la experiencia” Grd 6. Idéntico motivo de la encarnación lo hallamos en SC 56, 1.

⁸ San Agustín no fue tan audaz. Cristo, según él, aprende en cierto modo en sus miembros lo que aprendemos nosotros, sus miembros. *Comentario sobre san Juan*, 21, 7.

⁹ M. BLONDEL, *La Acción*, p. 460-461 según la edición francesa, París, Presses universitaires de France; edic. castellana en BAC, Madrid, 1996. Al citar la frase de san Bernardo siguiendo a Blondel, X. TILLIETTE escribe como para dar una ráfaga de luz: “Cristo está así en su papel de Mediador, su conocimiento es mediador entre las apariencias y la realidad, los fenómenos y el ser.. Visión profunda, que vale para nuestro conocimiento de Cristo”, en *Le Christ de la Philosophie*, París, Cerf, 1990, p. 127.

¹⁰ Grh 13.

¹¹ Conv 25; Cons V, 27.

¹² La distinción de estas dos maneras de conocer aparece en numerosos filósofos: Pascal (corazón y razón), Bergson (intuición e inteligencia), Newman (“asentimiento real y nocional”), Heidegger (pensamiento meditante y pensamiento calculante).

una persona, Alguien presente en mí, el encuentro toma un carácter absoluto, y requiere una adhesión inmediata y sin reserva. Esa es la experiencia primordial a la que el monje debe referirse siempre en el curso de su existencia.

Después de señalar que cuando el ángel la saludó como llena de gracia, María sólo retiene de esta plenitud la virtud de la humildad, san Bernardo continúa:

“¿No se glorió él mismo de practicar la humildad, como compendio de sus enseñanzas y de sus virtudes? Aprended de mí -dice- no que soy moderado, casto o prudente o algo semejante, sino que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29). Aprended de mí, dice. Yo no os remito a la enseñanza de los Patriarcas, ni tampoco a los libros de los Profetas; sino que os propongo a mí como ejemplo, me muestro a vosotros como la forma de la humildad. El ángel y la mujer me envidiaron por la sublimidad que tengo junto al Padre: él ansiaba mi poder y ella mi ciencia. Pero vosotros ambicionad los carismas mejores, aprendiendo de mí que soy manso y humilde de corazón”¹³.

La forma de nuestra vida y la formación que a ella nos lleva no es otra que Cristo en persona. Lo que debéis saber ante todo, nos dice, aprendedlo de mí. En otro lugar san Bernardo alude a la envidia de Lucifer y de Eva, que quería saber para ser como Dios. Pero aquí es para dejar que el alma defienda su causa: “La mentira, Señor, me persuadió. Que venga la verdad y se descubra la falacia, y conoceré la verdad y la verdad me librá (Jn 8, 32)¹⁴.

La persuasión en el origen de la mentira causa la pérdida de la simplicidad, que en el pensamiento de san Bernardo se identifica con la verdad. Muestra con toda claridad la mentira radical y la duplicidad universal cuando describe la simplicidad como uno de los rasgos fundamentales de la Imagen. La serpiente finge ser amiga de Eva y le miente, y una vez extraviados por su causa, los habitantes del paraíso terrestre son también mentirosos.

“¡Con qué amplitud infectó desde entonces y para siempre el veneno de la hipocresía a toda su descendencia! Presentadme un hijo de Adán que desee o al menos tolere presentarse como es. Pero junto a esta duplicidad primordial subsiste en cada alma la simplicidad de su naturaleza (generalis) y en su coexistencia se agrava la confusión”¹⁵.

Lo contrario de la verdad aquí no es el error sino la mentira, la hipocresía y la duplicidad que sufre el espíritu, porque conserva la nostalgia de la simplicidad. De esta mentira, de nuestro ser falseado y falso es de lo que nos libera la verdad de Cristo, afectando nuestro deseo profundo de la verdad y lo simple. Lo mismo que en M. Blondel, la experiencia religiosa alcanza lo trascendente sobre una opción ética continua¹⁶.

Tal vez extrañe ver cómo san Bernardo coloca la decisión de la voluntad antes que el pensamiento y la reflexión, en el proceso de la conversión¹⁷. Como los pensadores existenciales, en particular Kierkegaard, sabe que la razón especulativa puede detenerse a contemplar el conjunto de posibilidades (es incluso su misión), sin llegar jamás a la decisión, la única que puede consentir en dejarse salvar¹⁸.

T. Merton anotaba en su Diario, el 27 de Enero de 1950:

“Cuanto más leo a san Bernardo y a los Padres Cistercienses más les amo. Hace tiempo tuve la tentación de no leer nunca más a san Bernardo... Creo que ahora, ocho años después, he comenzado a descubrir su profundidad. Sin duda, porque he comprendido que toda su doctrina, que está muy bien expresada en la Carta 18, es que Dios es la Verdad,

¹³ Cart 42, 17-18.

¹⁴ Adv I, 5.

¹⁵ SC 82, 3. El miedo a la verdad, de que aquí se habla, lo ha percibido muy bien Pascal: “La vida humana no es sino una perpetua ilusión: es un continuo engañarse y halagarse... El hombre es un disfraz, una mentira e hipocresía ante sí y de cara a los demás. No quiere que se le diga la verdad, evita decirlo a los demás; y todas esas disposiciones, tan alejadas de la justicia y de la razón, tienen una raíz natural en su corazón” (*Pensamientos*, 100).

¹⁶ Cf. P. HENRICI, *Expérience et transcendance selon Maurice Blondel*, en *Gregorianum* 58, 1977, p. 557-560

¹⁷ Por ejemplo para las dos primeras razones que tiene el alma para buscar al Verbo, SC 85, 1-2; o en la prelación de la voluntad sobre la razón, en *Gr* 3-4

¹⁸ Cf. C. DUMONT *Sagesse ardente*, cap. X, “Une phénoménologie de l’humilité: L’humilité chez saint Bernard et Gabriel Marcel”, p. 229-239

*que Cristo es la Verdad encarnada, y que para nosotros salvación y santidad significan ser verdaderos ante Dios, ante Cristo y ante nosotros mismos. Sólo cuando se olvida de insistir en este amor a la verdad, san Bernardo puede parecer sentimental*¹⁹.

La carta 18, dirigida a un cardenal que se interesaba por los escritos y la doctrina de san Bernardo, es muy explícita sobre la naturaleza de la verdad tal como la concibe san Bernardo. Comienza burlándose de la mentira de los halagos humanos, y pasa después a la mentira más grave de una ciencia disociada de la vida. Opone la verdad de Cristo a la nada y vanidad de toda clase de pensamiento que no le reconozca. Muestra después que esta verdad sólo se alcanza con la compenetración de esos dos brazos que son la fe y el deseo: una fe tendida hacia la visión y un deseo que aspira a Dios, como el ciervo suspira por las fuentes de agua viva²⁰. Parece que para san Bernardo la inteligencia es incapaz de llegar hasta Dios por la extrema simplicidad de la unidad divina, y que lo más fino del espíritu no está capacitado para percibir a Dios que es demasiado simple para él, a no ser que abandone las especulaciones dialécticas²¹. El amor, al contrario, que tiende a unificar y simplificar, puede hacernos conformes a la verdad absoluta, y llevarnos sencillamente a ella por la gracia de la humildad. Porque la humildad, como el amor, promete lo que la lengua humana no puede enseñar, y hace capaz de conseguir lo que no se aprende. ¿Por qué? No por sus méritos, sino porque así lo ha dispuesto Dios²². Basta citar una imagen del sermón de san Bernardo en el que evoca a san Benito, para recordar que esta humildad es el fundamento de nuestro crecimiento en la vida monástica:

*“San Benito fue un árbol frondoso y fecundo; un árbol plantado junto a las corrientes de aguas. ¿Por dónde fluían esas aguas?... ¿No veis cómo serpentean los torrentes por los flancos de las montañas y caminan presurosos hacia los humildes valles? Imitémosle, hermanos, pues ha venido únicamente para darnos la forma”*²³.

¹⁹ T. MERTON, *El Signo de Jonás*, Edit. Éxito, Barcelona, 1957, p. 239

²⁰ *Cart* 18.

²¹ *Cons* V,27.

²² *SC* 85, 14.

²³ *Bnt* 4 y 8.